

VAC-1370

987
M868bu
1767

GUILLERMO MORON

HISTORIA DE VENEZUELA

CUARTA EDICION

TEXTO ADAPTADO A LOS PROGRAMAS OFICIALES
DE EDUCACION SECUNDARIA, NORMAL Y ESPECIAL



EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID - MEXICO - BUENOS AIRES - PAMPLONA

INTRODUCCION AL TEMA

Cuando se pronuncia la palabra «conquista» se produce siempre una reacción de violencia en el interior de todo venezolano, de todo criollo de América. Una constante prédica de más de un siglo ha elaborado esa reacción, y los estudios y aun corrientes laudatorias de hace unas décadas a nuestros días no han sido suficientes para raerla del espíritu. La tradición de libertad—de firme creencia en la libertad—es origen de la instintiva repulsa que nuestro pueblo siente por el término y lo que envuelve de resonancias históricas.

Pero es necesario comprender que el proceso conocido con ese nombre—todo el siglo xvi—es precisamente aquel en que se echan en forma definida las bases de nuestro modo de ser como pueblo y aun como nación.

Los hombres que realizan la conquista de Venezuela, despojando de su territorio a las numerosas poblaciones indígenas que lo habitaban, destruyendo sus poblados, arrasando su cultura y consumiendo incluso su raza, son los depositarios de los valores humanos fundamentales que caracterizan hoy al venezolano. Se ha hecho la observación de que sangre indígena matizó en forma predominante a conquistadores y pobladores negros. Laureano Vallenilla Lanz, notable e inteligente sociólogo venezolano (1870-1936), ha escrito a este respecto: «Si se compara, como ya lo han hecho algunos escritores, el número de indígenas que se salvaron de los furores de la conquista con el de los españoles, canarios y africanos que llegaron al país durante toda la época colonial, se deducirá fácilmente que fue la sangre autóctona la que entró en mayor cantidad en la composición de nuestro pueblo, no sólo en la llamada gente de color, sino en la inmensa mayoría de los blancos, y hasta de los propios mantuanos, que, sobre todo en los últimos años de la colonia, se consideraban como descendientes puros de los conquistadores»¹. Pero si es cierto el fenómeno biológico, con el cultural ocurre una cosa contraria: predominan en nuestro pueblo las formas de pensamiento, los hábitos, las estructuras espirituales del conquistador. La psicología, el modo, el ser cultural del venezolano están plasmados en el alma del conquistador, con todas las normales y eficaces transformaciones

¹ Laureano Vallenilla Lanz, *Disgregación e integración*. Caracas, Tipografía Universal, 1930, pág. 129.

ocurridas en un escenario geográfico diferente al originario y con la poderosa aportación del aborigen y del negro.

¿Quiénes son los conquistadores? Hombres europeos, españoles con una prolongada tradición medieval, abocados al Renacimiento. El peso de creencias religiosas actúa en ellos juntamente con una vocación de libertad extraordinaria. Saben organizar una república de hombres que se gobiernan a sí mismos, pero tienen conciencia de un poder superior que ata: el Rey. Por encima del Rey, Dios. Pero enfrente del Rey, ellos, cada uno de los hombres. Este complejo político es determinante de la personería de los conquistadores del siglo XVI.

El descubridor y conquistador se embarcó en una empresa orgánica, sistemática desde el punto de vista de la cultura. Por una parte, actúa la política, por cuanto se trata de afinar el poderío de un pueblo que se llama España, en proceso de integración, en busca de fórmulas para establecer una nación dominante. Por la otra, se ponen en juego necesidades económicas, que pueden satisfacerse con el logro de riquezas—el oro—y el ensanchamiento del comercio. Y, finalmente, se insinúa con mucha precisión el carácter de cruzada religiosa, de proyección de la fe católica.

Pero el hombre particular, el conquistador con nombre determinado, el simple soldado, aunque copartícipe de esa empresa dirigida, suele tener impulsos más esenciales, más vitales, más cerca de sus urgencias cotidianas. Si se piensa que el grueso de los pequeños ejércitos conquistadores, y aun la mayoría de los capitanes que los mandan, son gente menuda, gente de las clases llamadas inferiores por su condición económica y social, se comprenderá el arrebatado popular de la guerra conquistadora. El ideal de un soldado solía ser el de conseguir riquezas, el de sobresalir en hechos heroicos, o simplemente hartarse de emociones.

La ambición es uno de los valores del conquistador: ambición de riqueza, ambición de poder, ambición de heroicidad y aun ambición de cristianar. ¿Cuál de estas ambiciones predominaba? En conjunto parece existir un equilibrio, aunque puedan darse ejemplos numerosos para demostrar que una u otra. Más de un conquistador se metió en la hazaña por simple pasión guerrera y más de uno por pura ansia de libertad.

Es importante fijar esta última apreciación: el sentido libertario anda disparado en el corazón de los conquistadores. No se crea que esta afirmación resulta paradójica, por cuanto están precisado cruel, y las de conquista más que ninguna otra. El español conquistador necesita la nueva tierra para su hazaña y para su vida—para toda la hazaña de su vida—, y los aborígenes son obstáculo a esa realización humana. No ha repugnado aquél la raza indígena como tal, pues que se entraron en ella a través de los contactos carnales productores del mestizaje; pero comprendió la imposibilidad de convivencia cultural. Si el indio se asimila, es uno más en el

grupo. Aquí, en esta capacidad de coexistencia con el convertido culturalmente—que el aborígen aprenda el castellano y a santiguarse y a vestir ropas completas—radica la primera transformación del español conquistador a una nueva posibilidad de vida.

El conquistador—hijo del pueblo bajo, ignorante, pero poseedor de una cultura capaz de predominar—viene a quedarse en la tierra. Bravo, orgulloso católico. Destruyó pueblos con deseos de levantar otros a su modo y manera. Tiranizó toda la tierra con afán de lograr su propia libertad. Disponía de los elementos necesarios y los utilizó.

En cuanto al hecho material de la conquista, es válida la opinión de Rufino Blanco Fombona expresada en un ensayo de interpretación, de gran valor, para comprender a los pobladores de Venezuela del siglo XVI. Dice: «Allí no venció el número, ni siquiera el arrojo, sino una raza superior sobre una inferior; una civilización que disponía del arcabuz y de la espada, del dogo y del caballo, contra otra que sólo disponía de la flecha y de la maza; carente, además, de animales de guerra y transporte. Con razón se ha dicho que si los indios hubieran conocido el uso del hierro, los europeos no hubieran podido someter los imperios americanos»¹. Cámbiese el vocablo raza por el de cultura, para evitar confusiones de orden antropológico, y se tendrá una versión acertada. Porque si no hay razas superiores, sí hay culturas superiores.

¹ Rufino Blanco Fombona, *El conquistador español del siglo XVI*. Madrid, Ediciones Nuestra Raza, 1921, págs. 123-24.